

A treinta años de *La noche del Coecillo*

SEBASTIÁN PRECIADO 1/42

—¿Pudiste volver alguna vez al barrio?

—Nunca.

Una pregunta que plantea el doctor Alejandro hacia el final de la historia, cuya respuesta tal vez pudiera ser la misma a treinta años de distancia. ¿Aquella noche del Coecillo quedó ahí? Pienso que no, porque el autor ha seguido contando historia tras historia y despertando con ello el interés, la inquietud y el entusiasmo con cada tema, y entretiene, enseña, muestra el don que le ha caracterizado en su momento como excelente maestro y siempre como gran escritor. Nunca he olvidado la dedicatoria en un ejemplar de *La noche del Coecillo* donde el adverbio me ha llenado de orgullo, aunque tampoco he perdido el reconocimiento de mis limitaciones: «Para... quien también le hace al cuento». Concluía con dos palabras que me entusiasmaron, pero jamás han llegado a confirmarse: «y bien». Felicidades y gracias por mucho, doctor Alejandro.

JUAN LÓPEZ CHÁVEZ 2/42

Desde Alejandro Magno hasta Alejandro García para encontrar a Alejandro *Supremum* Cuando en mi niñez leí la biografía de Alejandro Magno tuve múltiples reacciones: idolatría, odio, frustración y más. Cuando conocí a Alejandro García en un salón de clases de la Universidad de Guanajuato tuve, también, diferentes reacciones, la principal fue detectar que me encontraba con un alumno genial; conforme han ido pasando los años mis reacciones se reafirman y nacen nuevas y, además, nuevos sentimientos: ahora tengo la inmensa ocasión de coexistir con un hombre de inconmensurable capacidad intelectual que ha conocido plenamente la cultura letrada de una gran parte de este mundo debido a una dedicación constante que lo ha llevado a tener una formación racional todopoderosa. Una frase de Alejandro Magno: «Cuando damos a alguien nuestro tiempo, en realidad damos una parte de nuestra vida que nunca vamos a recuperar». Alejandro García enmendó esta frase porque ha sido capaz no solo de recuperar lo que ha dado, sino que ha recuperado más y con añadidura. Esto está presente en toda su obra, lo podemos comprobar en su *Dodecamerón* cuando relacionamos el primero y el último de los cuentos de «Cochinos ingleses», de «Montaigne» o de «Lichtenberg». Es notable la evolución y el desprendimiento, es una muestra palpable de un crecimiento inusual dentro de la cultura letrada.

VEREMUNDO CARRILLO TRUJILLO 3/42

Alejandro García:

Nacido y formado inicialmente en otras tierras, has venido a florecer y madurar en Zacatecas, como maestro, como escritor, y como amigo. En cuanto a tu magisterio, me atengo al testimonio de tus alumnos que te han catalogado como su mejor maestro; y a la elección que un maestro hizo de ti, con otros cinco, para su tesis de Doctorado en la UNAM, como paradigmas de una pedagogía obtenida en la práctica. Llegaste a la Universidad Autónoma de Zacatecas cuando ya habíamos desbrozado, un lustro atrás, el renovado camino, tras una rápida pero trascendental refriega entre el estancamiento conservador y la audacia creativa. Por tu carácter y vocación, te fue fácil añadirte a la segunda comitiva. Sé que no eres de los que se detienen definitivamente. Nuestros caminos se cruzaron, a veces con distancias, a veces con acercamientos, pero siempre en la misma dirección. Las fiestas con Morquecho, las mesas de análisis, las presentaciones de libros, los exámenes de tesis, nos aproximaron. A ti, narrador y ensayista, puedo decirte yo, ensayista y poeta, como me dijo Lola Castro: «Tú sí me has leído y me comprendes». Mis felicitaciones en este buen momento de tu vida.

ALBERTO ORTIZ 4/42

Que yo sepa, solo algunos alumbrados del don emblemático de la síntesis han logrado pintar con palabras un cuadro panóptico de la vida de una persona. No sé si podré, con estas frases, dimensionar el valor literario de Alejandro García, narrador, ensayista y maestro de letras, de los buenos. Así que me curo en salud y adelanto las disculpas. A similitud de los antiguos, declaro y advierto que las palabras serán insuficientes para dar cuenta de su personalidad y valía. Porque el pensamiento crítico y el genio exégeta de este inteligente profesor forma parte del currículum expreso y oculto de decenas de literatos e investigadores del lenguaje; quienes, en plena búsqueda universitaria, encontramos en él un ejemplo, una guía analítica y un amigo generoso, siempre dispuesto a compartir su conocimiento, su casa y su pan. Tal vez, y será siempre bien poco, ante todas las enseñanzas que le debemos, la más acertada frase oída entre sus eternos estudiantes de literatura sea: Alejandro, para siempre, gracias.

ESTELA GALVÁN 5/42

Nerón persigue a los niños y las piedras se arrugan en el vuelo hacia su objetivo; los chichimecas cazan a los gachupines por invadir su territorio y se «recetan padrecitos». Los rezos y los huevos no despojan el miedo de los cuerpos; las güilotitas caen solas por la honda de David. María de los Remedios sigue enfurruñada porque le corren a sus novios, se trenza en una danza sin fin con la Maruca; Don Cacho sigue lívido por lo que le dicen los «golfos». Joselito canta ese toro enamorado de la luna. Sigo viendo a las mujeres bañarse con refajo, subírsele el color a las mejillas al mirón que inmutable busca el jabón que no cubre los cuerpos desnudos, el barrio del Coecillo en los ojos, los labios, los oídos. Su eco seguirá resonando sempiternamente... A pesar de ti, a pesar de todos, Alejandro García.

JUAN JOSÉ MACÍAS 6/42

Un barrio es el ahora

Ahora que tratamos de redefinir lo imposible, y hay ese dictamen de vana esperanza que lo bosqueja. Ahora que la escritura se vuelca hacia la intimidad de la vida, hacia los tiempos en que éramos genuinamente otros por mor de ser nosotros mismos. Ahora que es *La noche del Coecillo* como hace justamente treinta años —noche irrepetible y

múltiple— cuando la escritura también se nos volvía un barrio bravo, oscurecido y desastroso, y éramos uno, éramos dos, éramos tres, éramos cuatro andando «todo el destino a pie» —como escribiera César Dávila Andrade— con nuestro entonces pequeño vivir a cuestras, sin aún saber que lo no vivido, lo no sido, deja también su impronta en el rostro, esa ventana excavada donde el yo viene a mirarse. Ahora, quiero decir en este día que para nosotros huele a lluvia de antiguos tiempos supremos, a tréboles de buena ventura floreciendo en el aire; ahora que para nosotros viejos licores despiertan en nuestra garganta —nosotros que somos los mismos que nunca dejan de ser cada vez otros— de Lope de Vega transcribo este verso que al escritor Alejandro García —insurrecto sonriente, modesto arrogante, entrañable amigo— define muy bien: «Yo me sucedo a mí mismo».

LAURO ARTEAGA 7/42

En una de tantas reuniones convocada por J. de Jesús Sanpedro hizo su presencia por primera vez un joven que, sin pretensión alguna, disertó sobre alguna teoría del filólogo lingüista Todorov. Sin pensarlo demasiado mi primera reflexión espontánea fue: este joven es un sabio. No me equivoqué. Su amplia y reconocida producción literaria lo confirman. Mi cercanía con él en múltiples terrenos de la convivencia informal me dejan la satisfacción de contar, más allá de las Letras, con un verdadero amigo.

JESÚS MARÍA NAVARRO 8/42

Hablar de Alejandro García es hablar de un personaje callado en su aspecto exterior, pero de una vida interna dinámica, creativa y en producción constante; todo ello armonizado por una disciplina inquebrantable pero disciplinada humana. Esa dinámica se podría considerar, según mi percepción, en cuatro vertientes principales: la fidelidad a su compromiso laboral, la necesidad de encuentro intelectual con pensadores literatos de todos los tiempos a través de sus innumerables lecturas; otra sería la sensibilidad y estrecha relación con sus grupos académicos y de amigos, motivado por la necesidad de hacer propias en lo más posible las necesidades ajenas. Una cuarta vertiente que merece mención aparte sería su necesidad existencial por crear: leer, pensar y escribir. Sería prolijo y casi interminable ejemplificar cada uno de estos aspectos; además de que, para quienes lo conocemos, y/o hemos sido beneficiados por alguno de ellos, son obvios.

OSVALDO CONTRERAS 9/42

El antiguo guardabosque

El viejo bosque, si es que veinte años más tarde sigue existiendo, deberá tener obreros que cuiden de él para que perdure su esencia y las generaciones posteriores recuerden el aroma, el fresco y la sombra. Pero la labor no será fácil, debido a la intensa soledad que lo acompañará, y es bien sabido que pocos humanos son capaces de tal proeza. Solo el antiguo guardabosque logró ser leñador y ermitaño y quien, a su vez, logró contagiar, conmovir e instruir a sus discípulos para que este espacio no fuera en declive o cayera en extinción. El antiguo guardabosque cuidó del mundo de madera, del papel, de la hoja en blanco. Y en ella y con ella nos aleccionó a quienes nos preparamos para ser los próximos guardabosques. Agradezco enormemente ser parte de esa generación guiada por el maestro Alejandro García Ortega, un guardabosque mayor en el mundo de Letras.

ANDRÉS BRISEÑO 10/42

La voz narrativa en *La noche del Coecillo* es la voz de la barriada, entendida esta como lo expresa Enrique López Aguilar en el libro *La Mirada en la voz*: «[la] peculiar manera que tiene todo literato de mirar al mundo...». Alejandro García plasma la realidad leonesa de los estratos marginados, es una mirada que evoca su propia realidad, un mundo violento y estéril en apariencia, pero vivo, rico en el sentido de identidad de los personajes, en el discurso del que hacen uso. García no solo les confiere ojos y palabras en un juego ficcional, sino que les delega la voz y mirada suyas para que denominen al mundo.

JOSÉ FÉLIX BONILLA 11/42

Hay personas que actúan con una sola cara todo el tiempo, como si un director invisible lo ordenara. Tal es el caso de Maruca, personaje de *La noche del Coecillo* (Tlacuilo Ediciones, 2008), de Alejandro García, quien se lamenta: «No les importo, ni siquiera al Ojitos [novio], ni siquiera a Otoniel [hermano]. No me extrañan» (p. 51). Su letanía se va repitiendo en diferentes escenarios. Pero, ¿quién le ordenó ese papel? Quizá su madre: «Ganas tengo de que a mi mamá le gane la sonrisa, de que por lo menos una maldita vez brillen sus ojos de contento o picardía y oculten un rato su eterno mal humor» (p. 66). Se sobrepone incluso al sueño de su padre: «sacarnos del barrio, conocer otra parte. Ni me ilusiono. Con que no me vaya tan mal me conformo» (p. 84). Su madre —acaso de manera involuntaria— parece haberle dictado su destino.

FILIBERTO GARCÍA DE LA ROSA 12/42

La noche del Coecillo es una de las mejores novelas del escritor Alejandro García. Reaviva en la voz de Otoniel y Maru un mundo donde los miedos y los anhelos conviven de manera dialéctica, la carencia y la riqueza, el léxico duro y las imágenes protectoras y amorosas. El Coecillo es un barrio de la ciudad de León, del cual algunos quieren salir, pero otros quieren regresar, es donde la infancia se fragua con los mejores recuerdos, donde se comen bolillos con cueros, tamales de la abuela, donde se festejan los quince años en la vecindad. La noche de Coecillo es un carnaval de sensaciones, donde el barrio es el escenario perfecto, donde desfilan los personajes que inevitablemente nos evocan emociones a quienes crecimos en un lugar parecido y no sabemos a ciencia cierta si nos marchamos o nos hemos quedado ahí.

RUT VALENZUELA 13/42

Uno de los aspectos que llaman mi atención sobre *La noche del Coecillo* es la construcción geográfica de la novela; no hablo de la geografía física, no. Se observan construcciones realizadas por los propios personajes y cómo establecen la ubicación desde su propio recuerdo, desde su realidad. Aparte de la geografía física (calles, río) y su ubicación en el tiempo (la época de las poquiánchis), se observa la geografía cultural (luchas de barrio, tradiciones), musical (las sonoras), pero no concluye ahí, podemos hasta encontrar una geografía psicológica en las voces de los narradores Maru y Otoniel, construida desde su propia edad. Otoniel geografiza la novela desde sus miedos, sus deseos, su fantasía, su curiosidad (es por él que conocemos la historia detrás de las luchas), mientras que Maru lo hace desde sus sueños, gustos y aspiraciones, pero también sus preocupaciones. Otoniel construye el Coecillo donde se sobrevive, Maru el Coecillo detrás del «Coecillo».

BERTA GUZMÁN 14/42

Alejandro García, en el libro *Encuentros y desencuentros* (Ediciones media noche), desarrolla la idea de estudiar a la literatura tratándola desde las regiones; esta premisa es significativa porque permite identificar los rasgos de la producción de textos en ciertos espacios. Cada región debe intentar reencontrarse con su tradición artística, independientemente del valor estético basado en parámetros generales. Es por ello que resulta importante colocar en el centro del análisis, del comentario, del estudio, una novela tan importante como *La noche del Coecillo*. La historia tiene muchos puntos de abordaje: el barrio, el apego, los recuerdos, la infancia, las tradiciones, la identidad, entre otros. Maruja y Otoniel, a través de un ejercicio de memoria, trasladan al lector a sus recuerdos más significativos, algunos dolorosos y otros divertidos, mezcla necesaria para disfrutar del viaje llamado vida.

IMELDA DÍAZ 15/42

La noche del Coecillo me parece una novela que atiende posiciones antitéticas, mientras la trama se desarrolla en una noche violenta, donde la posibilidad de morir siempre está latente; por otro lado, los recuerdos de los personajes los rescatan de las situaciones más angustiantes como si fueran un faro o una linterna. En los recuerdos es donde Otoniel y Maru ubican su fortaleza para avanzar a través de un río tenebroso o transitar por un barrio que vive una de sus noches más violentas. Los monólogos de los personajes son envolventes, desvelan la fragilidad en medio del contexto, comparten sus anhelos, se proyectan al futuro para mitigar el peso del presente, se aferran al pasado para conservar la calma y continuar avanzando.

CARLOS HINOJOSA 16/42

Conocí al maestro Alejandro García tiempo antes de ingresar a la entonces Facultad de Humanidades, tres décadas atrás, en un evento sobre enseñanza de la lengua materna al que me invitó Gerardo Ávalos —a la sazón fan de los goliardos—, el cual terminó con un poema anónimo, así como un debate relativo a Leone y Scorsese. Por fortuna, tal ha sido la tónica a partir de entonces con el maestro, sobre todo ahora que recordamos sus escritos y sus clases, mismas que constituían un reto, máxime en aquellas generaciones de Letras, donde competíamos por ver quién presentaba el mejor texto sobre alguna obra literaria. No cabe duda que mucha de nuestra formación —por ejemplo, a la hora de consultar fuentes bibliográficas y efectuar una sana autocrítica al momento de escribir—, se la debemos a la invaluable enseñanza que nos brindó, con generosidad, el maestro Alejandro García. Muchas gracias.

ELENA BERNAL MEDINA 17/42

Una mirada a la novela de un barrio bravo de León, Guanajuato

Si me mudara de casa o de ciudad y tuviera que elegir qué libros llevarme, *La noche del Coecillo*, de Alejandro García, sería uno de ellos, porque es un libro entrañable, que habla mucho del autor y de su barrio de León, Guanajuato. Ese barrio donde dejó su infancia, sus primeros amigos, su familia de origen. Sus pasos, en la calle Chayote, donde está también el recuerdo de Cris. Porque Alejandro García, en su narrativa, nos habla de la vida, de su andar por el mundo, de sus miedos, de sus deseos; deteniéndose para hacer una reflexión o comerse un platillo succulento a su paladar, ya sea en el puesto de tacos, de birria u otro lugar guiado por el olfato. Otoniel, el personaje de *La noche del Coecillo*, ama su barrio, aún en su memoria y es el escritor que se desdobra, soy yo quien lo lee y eres tú, que lo conoces a través de su literatura.

CUAUHTÉMOC FLORES 18/42

Los juegos de palabras son necesarios, siempre lo han sido. Cuando decimos lo que queremos decir no es suficiente con las explicaciones, ni siquiera lo que creemos exacto es tan exacto. Entre más claros queremos ser, a veces nos ahogamos. Aquí un ejemplo de la memoria: tanto como se pueda hablar del olvido por horas o se recuerde por mojar panecitos en el té, es más parte de nosotros saber que hay seres y trabajos que ya nunca volverán, como en *Animales y oficios en peligro de extinción*, con los que rara vez, y esto sí duele, se podrá fantasear sin sentir que algo no cuadra. El juego puede más, hasta los matemáticos, poco habilitados para la diversión, lo suelen reconocer. Una persona que escribe jugando es una persona feliz. En literatura, eso es haber ganado.

MARIANA RÍOS 19/42

El recuerdo sigue claro. Hace más de diez años, el doctor Alejandro García Ortega entraba a un salón en la Unidad Académica de Letras. Tranquilamente se sentaba frente a nuestro grupo y, viéndonos fijamente con ojos verdes llenos de curiosidad, preguntaba: «¿Y qué leyeron, muchachos?». Tengo la certeza de que generaciones enteras de estudiantes se han inspirado en esta pregunta precisamente porque ella contiene tantas más: ¿Qué encontraste? ¿Qué te ha dicho el texto? ¿Cómo te ha cambiado? Junto con Benjamín Morquecho, Alejandro asumió la labor incansable de mostrarnos que dentro de nuestras respuestas, nuestras conversaciones y ensayos nacientes, estaban las semillas de palabras insospechadas, extraordinarias. Alejandro fue de las primeras personas que creyó en mis sueños. Como lectora, maestra e investigadora, la memoria de aquellos primeros pasos junto al maestro sigue indeleble. Que el *Coecillo* cumpla muchos años más. Gracias, por siempre.

MARCO ANTONIO FLORES 20/42

Imagino a Alejandro García escribir *La noche del Coecillo* al mismo tiempo que su tesis de maestría (*El aliento de Pantagruel*, UAS, 1998), o una tras otra lo hizo, inmediatamente. Es el primer lustro de 1990. *La noche del Coecillo* me va como una novela que concentra al lector para conversar, el lector escucha y al avanzar hace memoria de cómo fue la noche de las inflexiones, la de cada uno. *La noche del Coecillo* no es un relato barrial o de marginales. Es la narración donde un personaje llega a una ciudad y provoca que el pasado hable. El narrador es buen geógrafo ciudadano —de la calle tal a tal—; registra voces y discursos diferentes a los protagonistas —hasta el eco del mítico mitin de León se escucha—. El relato no es nostálgico, es la escrituración de una vida vivida, donde se mira y escucha el barrio y los sanedrines familiares.

EZEQUIEL CARLOS CAMPOS 21/42

En cada recuerdo los libros son protagonistas. Hace años, en la escuela de Letras gobernaba un aura de aprendizaje; el alumnado tenía avidez de leer, escribir y formar proyectos. Todo esto era influenciado por una figura que los apasionaba en el transcurso de los semestres. Cada clase de Alejandro García se diferenciaba de las otras por sus programas, por la gran cantidad de obras que se desplegaban para sus lecturas. ¿Qué maestro se preocupa por ver leer a quien enseña? ¿Existirán docentes que presten sus propios libros o, también, regalen ejemplares? Fui un afortunado en recibir algunos libros del maestro. Recuerdo mucho una ocasión: a mediados de la carrera, Alejandro García me pidió acercarme a su escritorio, sacó un libro de su mochila y me entregó *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, y me dijo: «Lo veremos en la clase, quiero que lo espongas, te lo traje de mis vacaciones de León, te va a encantar». Sorprendido, agra-

decí y ese mismo día lo empecé. Hay momentos en la vida de un lector que se quedan guardados para siempre, en mi caso, ese es uno de ellos. La lectura de ese libro cambió un mecanismo en mi interior, es uno de los que más disfruté en la licenciatura. Mi generación puede presumir que fue la última apadrinada por Alejandro García. En ese entonces el maestro ya estaba jubilado, y al principio titubeé para aceptar; afortunadamente lo convencimos y, obvio, nos obsequió a cada uno de nosotros un libro, escritos los nombres en un Post-it. Esa vez me dio el primer libro de la trilogía de Rodrigo Fresán, *La parte inventada*. Me encantó. Después compré y leí los libros restantes. Los buenos maestros, aquellos que siempre vamos a recordar, motivan a copiar sus acciones: desde entonces regalo libros a mi alumnado.

SARA ANDRADE 22/42

No recuerdo la primera vez que conocí a Alejandro García. Intento esforzarme, pero me parece que estuvo siempre ahí, como una presencia indeleble. Me acuerdo del primer día que tuve clases con él; leímos un cuento medieval de canibalismo que me cambió la vida. Todavía recuerdo mi absoluta conmoción. Cuando leí *La noche del Coecillo* sentí algo muy parecido. Como atrapada en el nudo doble de la vida de Otoniel y Maru, y en el estilo vertiginoso del estilo de Alejandro. Las calles y sus gentes, sentir el cuerpo en el tránsito; las noches que se van, el recuerdo que se queda. Así que tal vez es un poco de eso. Una de las muchas lecciones que me quedan del profe Alejandro: clavarle el diente, sin miedo, al pulso de la vida.

VERÓNICA IZCHEL ADAME 23/42

Para Alejandro

¿Qué se le dice a un hombre a quienes los mejores escritores le han susurrado sus historias al oído? ¿Dónde se buscan las palabras para los apasionados de las historias, la fantasía y lo imposible? La respuesta es simple, se le dice la admiración que tienes por él, el cariño y la gratitud por haber apadrinado a mi primer hijo, ese Océano mar que nos dio buenos ratos y dolores de cabeza; ese que aún miro cada día en la repisa. Gracias doctor Alejandro por haberme dejado aprender de usted, por regalarnos sus letras, su alegría y su pasión. Y felicidades por este hijo que llega a sus treinta. Lo cual, debo admitir, es todo un reto que ha sobrellevado bastante bien; enhorabuena.

MAURICIO MONCADA LEÓN 24/42

Mientras intento escribir, me ganan la emoción y la nostalgia. Hay tantas cosas por decir de la obra de Alejandro García, pero también del mentor, del amigo. ¿De qué hablaré, de *El aliento de Pantagruel*, de *La fiesta del atún* o de *La noche del Coecillo*, a propósito de sus recién treinta años de publicación? ¿De algún otro de sus libros? La primera vez que lo leí fue en un ensayo que escribió para la materia de Literatura Medieval Europea: la escritura lúdica, el humor, pero también la sencillez de expresar todo lo complejo, me impactó. Desde ese día quise leer todo, quise escribir lo más, aún sabiendo que jamás podría tener su claridad. Es un modelo a seguir, y deseo que todos lo lean, que todos lo conozcan, se arropen con sus palabras y gocen de su amistad, como lo hago yo.

GERARDO ÁVALOS 25/42

La noche del Coecillo, a treinta años

Ya desde antes de ciertas publicaciones básicas en su bibliografía, una voz en la narrativa de esta región de nuestro país, se abría campo, pidiéndonos a los lectores que le perdonásemos su ausencia, que nos diéramos por aludidos porque a cada uno de noso-

tros nos estaba hablando, y nosotros haciéndonos los inocentes como Pedro Infante en esa película, ¿cómo se llama? ¿Nosotros los pobres Ustedes los ricos, Pepe el toro? No, ninguna de las tres, me refiero a la singular versión de Alex García, *Torito no murió en el incendio de la vecindad*, esa, literatura de hace más de treinta años, y claro parece que fue ayer. Así resulta con la publicación de su novela *La noche del Coecillo*, basta decirlo, un especial ejemplo de literatura regional, la ciudad de León Guanajuato, sus barriadas más populares, dos de ellas, San Miguel y el Coecillo, del segundo viene nuestro autor, lugar único en el mundo, porque ahí se dan los tragagatos, seres imaginarios o mezcla de seres reales tan diversos como disímbolos, siempre escondidos en la imaginaria literaria de Alejandro García, en su juego de voces narrativas, nunca estático y polifacético, literatura universal con escenas tan reiteradas y tan propias como una guerra de tamales.

EMMANUEL MAGALLANES ULLOA 26/42

Comentario sobre el doctor Alejandro García

Conocí primero al docente y luego al escritor, dijo Homero: «la garganta es el sitio donde más pronto sale el alma», así sus clases siempre fueron más un diálogo que una exposición, una charla que trataba casi siempre, sobre su gran pasión: los libros, pero también de cine y fútbol y alguna aventura en una cantina fresnillense. En su sencillez El doctor Alejandro García humaniza la literatura, la vuelve alcanzable, tocable, de todos. Distinguido y premiado como creador y además de ello, también realizó libros de texto, con lo que su cátedra se amplió de forma exponencial. Yo como uno de esos miles de alumnos, agradezco que en ese momento decisivo de estar «frente a frente al mundo de papel» entré con su compañía. Gracias, Maestro.

ALMA DELIA GUERRERO 27/42

La noche del Coecillo me evoca sensaciones de tristeza, de añoranza, de alegría, esa morriña que está inserta en cada uno de los pasajes de la novela recreados con la pluma ágil y pintoresca del escritor, en cuyo contexto está plasmada la gran cultura del barrio que imperó en cualquier lugar de nuestro país. Alejandro García logra plasmar en su obra esas vivencias que se evocan en recuerdos que nos forjaron y formaron; un caleidoscopio de sensaciones que no volverán porque el tiempo pasó, dejando esa huella indeleble de los lugares a los que pertenecemos, de los sabores que probamos, de los olores presentes siempre, de los colores tan nítidos con los que vimos, de las personas que nos acompañaron. Basta cerrar los ojos para recordar las sensaciones vividas y esbozar una mueca de sonrisa con una mezcla de nostalgia por todo lo vivido y lo sentido que ya no está, pero que existió.

JAZRAEL GARCÍA 28/42

Tres tipos ejemplares

Para enseñar a examinar con entusiasmo obras literarias, algunos maestros marcan con sus ejemplos nuestras vidas, ya personalmente o ya igual que aquellos a quienes, como decía Quevedo, solamente hemos escuchado con nuestros ojos en la página. Así que distingo tres figuras: los maestros de academia, los frecuentados afuera de un salón y aquellos escritores que instruyen a través de su obra. En Alejandro García confluyen los tres, pues leemos sus ensayos, pero también con él hemos conversado dentro y fuera de clase en tertulias. Aprendimos también de él no solo a afianzar el pensamiento crítico, sino —gracias a esa manera tan suya de impulsar el cauce de las virtudes personales— a armonizarlo con nuestras habilidades y nuestro modo particular de ver las

cosas. Bien se celebra la obra literaria y crítica de un maestro múltiple que no impone dogmas, que ayuda a encontrar el propio camino entre océanos de palabras.

LAURA ELENA GONZÁLEZ 29/42

En la página 85 de *La noche del Coecillo* aparece una frase como una pinta en una pared de algún barrio: «¿Busca algo en especial? Si no lo tenemos, se lo conseguimos». Alejandro García lo consiguió y trazó hace treinta años las fronteras de ese barrio con las angustias por las pérdidas y los temores por los deseos de unos jóvenes que deambulan en una noche embravecida, que se repite en un espejo al infinito. Enfoco la mirada desde el recuerdo; ahí, reconozco en las imágenes de diversos medios de comunicación a adolescentes peregrinando por barrios con geografías similares, desengañados y con sueños tatuados en la forma de caminar. Las familias de hoy también viven con el corazón en vilo, porque el pasado los vuelve alcanzar. Hay algo atemporal en el reclamo que hace Alejandro por lo cedido, por la deuda y por lo arrebatado en nombre del «progreso».

Y desde otro tiempo escucho una voz socarrona:

--Oiga, García, ¿hace cuánto que no visitamos esa cantina?

San Luis Potosí, S.L.P., 8 de septiembre del 2023.

JORGE HUMBERTO CHÁVEZ 30/42

La primera vez que vi al Coecillo

Imposible olvidar esa mañana de 1980 en Villahermosa, cuando conocí al Coecillo. Él era el discípulo más joven de Miguel Donoso y yo boxeaba en el establo de David Ojeda, en Juárez. Probablemente mis lentes o mi pinta de vaquero fronterizo no le vinieron nada bien. Compartíamos una mesa en el Encuentro Nacional de Talleres Literarios, él llevaba un cuento y yo un poema de 80 versos, uno por cada año del siglo. Fui yo quien empezó la lectura, estaba por la mitad del texto cuando él se inclinó y me dijo en voz baja pero muy directa: «Puedes terminar cuando quieras, los versos no tienen qué ver nada». No le hice caso. Era de León, qué podría pasarme. Acabé ufano mi texto y él tomó el micrófono. Inició la lectura; eran tres o cuatro cuartillas, pero en la última podía yo distinguir unas líneas escalonadas. No lo pensé nada y le dije en voz un poco más alta: «Oye, amigo, para qué lees todo, el cuento ya se acabó hace rato». Él me dirigió una mirada mortal. Pensé que nunca podríamos ser amigos, pero no.

ALBERTO TAGLE 31/42

Alejandro García no es solo un fervoroso amante de los libros y de su condición material. La suma de todos sus ejemplares adquiridos, que descansan entre sus copiosos estantes, no se integra en una cartuja de estricta devoción a la literatura; porque sus libros le pertenecen en la misma medida en que él se ve apropiado por ellos. En su lógica de interdependencia, se sirven el uno del otro —porque los libros son más que objetos: tienen su propia intencionalidad, agencia y exigencias— para tramarse en una sociabilidad en la cual pueden operar plenamente. Cada libro prestado, recomendado o regalado es una huella patente de que Alejandro García comprende que el quehacer literario nunca, a pesar de lo comúnmente pensado, es un acto solitario, sino un camino hacia la comunión, hacia el entrelazamiento y el cuidado del otro

VÍCTOR HERRERA 32/42

¿Entonces qué, Otoniel, un tamalito de carne?

Desde que tuve el primer contacto con las obras de Alejandro mi interés por ellas se hizo inmediato; su lectura activó algo dentro de mí, no supe si fue una cuestión de identidad, de admiración o de todo y nada a la vez. Tengo que decir que incluso en la actualidad sigo sin poder adjetivar la relación que mantengo con su obra y quizás no sea necesario hacerlo. Tras haberme enfrentado a *Camiones en la cabeza* y a *El problema de los bandos*, la primera edición de *La noche del Coecillo* se convirtió para mí en una especie de santo grial y solamente pude leerla en su segunda presentación, hecha por Tlacuilo Ediciones. En el ahora lejano tránsito de 2008 a 2009 en voz de Maruca y Otoniel las escaramuzas en el barrio se convertían en el medio por el cual uno podía interpretar la vida: desde la visión de una muchachita en pleno desarrollo, los roces, la galantería y los sueños se convertían en herramientas con las cuales organizar el sentido de su existencia, mientras que, en el mundo de un niño, el antojo, las competencias de pedos, los bolengazos y los encantados eran el interés primordial. En el caso de ambos, hermana y hermano, los comportamientos propios de su edad, en conjunto con el miedo, dotaban de sentido a su existencia, convirtiéndose en una tabla de salvación inservible al momento de enfrentarse con el mundo adulto. En 2014 la anhelada edición rosa se hizo presente en mi vida y con la relectura sobre los Flecha Amarilla, las andanzas de Maruca y Otoniel tomaron nuevos sentidos: el Coecillo se hizo presente con la peste de las tenerías, con los cuartos de Malecón del río, con el andar de su gente, con el acecho de los Nerones y con el olor a fritanga, haciendo que mis sentidos leyeran y empatizaran con aquel entorno, pero, sobre todo, haciendo que el discurso de Alejandro tomara otras dimensiones. Treinta años han de la primera edición de *La noche del Coecillo* y la obra es tan actual como desde el día en que vio la luz: el barrio en lo físico, como en lo ontológico está allí, sigue siendo el escenario de broncas, de romances, de juegos y desdichas; obliga a sus pobladores a no permanecer estáticos, a moverse en el conflicto. Otoniel y Maruca tienen suerte, ellos poseen la certeza de haberse perdido, mientras que otros hemos nacido perdidos; *La noche del Coecillo* no es solo un texto literario, es una crónica, es un vaticinio elaborado con el caos propio de la gente que va de paso, no tan solo por el barrio, sino por la vida misma.

ANTONIO SANDOVAL JASSO 33/42

Pudiendo hablar de las diversas actividades con las que he coincidido con Alejandro García (a saber: autor, docente, académico) lo he podido descubrir, también, en una a la vez ingrata y satisfactoria: la de editor. Y no me refiero a la participación que como autor tiene en la publicación de sus propias obras —tarea, por otro lado, que ignoro— sino, al contrario, a la publicación de las obras de los otros. Esta tarea la realiza con la marca de lector como identificación, se mantiene mirando a los dos horizontes: el del autor y el del lector. Organiza, revisa y corrige con sus vastas lecturas en mente. Textos hay que han fijado ciertas referencias oscuras, vueltas claras, gracias a la relación que mantienen su memoria y su biblioteca. A veces he sospechado que, en el fondo, Alejandro continúa en la búsqueda de más lectores y secretamente lo consigue, mientras comparte sus propios hallazgos literarios. Editar una revista con su acompañamiento ha sido un continuo aprendizaje. Gracias, Alejandro.

MARTHA LILIA SANDOVAL 34/42

Mi testimonio. Conocí al doctor Alejandro García en la UAZ, fue lector de mi tesis doctoral. Recuerdo su comentario en mi examen, su alusión a Roberto Arlt en relación a Eduardo J. Correa me pareció novedosa, pero me llegó fuera de tiempo. Un poco

antes me hubiera permitido valorar otros aspectos de mi autor. Ciertamente, su valor como maestro lo aprecié hasta que tomé con él el curso de literatura norteamericana en el CIELA, Aguascalientes. Me hizo leer y apreciar cuentos y novelas memorables. Conecté con una genuina pasión. Quise leer sus libros. Me enamoré de la morosidad, del sentimiento arduamente trabajado en *Cris, Cris, Cri, Cri*. Del ritmo, del humor, de la juvenil definición de los personajes de *La noche del Coecillo*. Le debo su reseña a otros de sus libros.

PEDRO VILLARREAL 35/42

Nos reuníamos una vez al mes en el taller de cuentos del maestro Alejandro García durante los primeros semestres de la licenciatura en Letras. Las sesiones transcurrían leyendo nuestros textos en voz alta. Por dos o tres horas discutíamos, analizábamos y sobre todo vivíamos las letras. Fue un taller de mucho aprendizaje con cero envidias o agresiones. El maestro Alejandro nos sugería lecturas individuales y nos guiaba con paciencia en nuestros primeros relatos. A mitad del taller algunos compañeros publicaron en el suplemento dominical del periódico *El Sol de Zacatecas*. El apoyo por su parte fue total. No escatimó su tiempo, su conocimiento y sugerencias a un grupo de jóvenes primerizos, lo cual caracteriza muy bien al maestro: da siempre sin esperar nada a cambio. Eso es un maestro. El que guía con sus acciones y ejemplo.

VÍCTOR CHÁVEZ 36/42

El Joven García

Conocí a Alejandro García Ortega en una estancia de estudios que el INBA me otorgó para estudiar teatro, a finales de los años setenta en la ciudad de Guanajuato. No recuerdo quién me aconsejó buscarlo, seguramente fue unos de nuestros amigos comunes, pero ya ha pasado tiempo y mi memoria ha sufrido algunos descabros en los últimos años que me impiden recordar con exactitud quién me dio la oportunidad de conocer a este gran escritor mexicano. Lo cierto es que conocí al Joven García, como lo llamaba David Ojeda. Después fuimos colegas en la enseñanza de la literatura en la escuela preparatoria de la UAZ. Las confluencias han sido perenes, porque nos une la pasión por la literatura y hoy no puedo dejar la oportunidad de brindar por los treinta años de *La noche del Coecillo*, una narración que muerde desde el primer enunciado y no suelta a su lector, ni siquiera al terminar la lectura, porque las imágenes permanecen en la mente. Debo confesar que es una lectura recurrente mía porque me gusta la maestría con la que el Joven García deshebra la realidad y la vuelve perfecta.

RAFAEL ARAGÓN DUEÑAS 38/42

Al escritor y docente Alejandro García Ortega lo conocía desde antes de que me impartiera clases. Sabía de su trayectoria literaria. Inclusive, el primer día de actividad escolar llevé conmigo el ejemplar de «Encuentros y desencuentros» para que me lo dedicara. Sus clases siempre fueron muy gratificantes, las disfrutábamos mucho. Era un gusto verlo entrar al salón con varios libros bajo el brazo y con material fotocopiado para todos los alumnos. La nuestra fue la última generación (2014-2019) a la que impartió cuatro semestres. La generación 2013-2018 cree que fue la última, pero no. A la 2015-2020 solo le impartió un año. Después se jubilaría. La comunidad estudiantil quedó perpleja ante la repentina decisión.

ÁNGEL EMILIANO SOTO GÁMEZ 39/42

Recuerdo la primera vez que conocí a Alejandro García. Nos dijo que quienes lo conocen como escritor lo prefieren como profesor, y que quienes lo conocen como profesor lo escogen como escritor. Lo cierto es que no conozco de bien a bien a estas personas, sabe que no frecuento esas altas esferas del mundillo literario. Perdóneseme la ausencia. Empero: en tanto sus estudiantes y lectores se ponen de acuerdo, yo le arrojé una maldición gitana: que sobre estas cosas, a las personas las prefiero como amigas y que de ésta, a ver, ¡sal si puedes! Así es, a usted le estoy hablando. Luego nos vamos por un six de veinte.

SARA MARGARITA ESPARZA 40/42

Como travesaño. Como bitácora que viaja en el onirismo hilarante y característico del que fue, es y será del barrio, del barrio venimos al barrio vamos, o lo que es lo mismo, de barrio somos y al barrio regresamos. Como un cascabeleo que retumba en las conciencias del ser. Los sentidos tropiezan en las calles. En las calles se escuchan las turbas. Las turbas, las turbas.

MÓNICA MUÑOZ MUÑOZ 41/42

Al terminar de leer el *Manual muy mejorado de madrigueras y trampas*, la complejidad pudo paralizarme. ¿Cómo abordar la densidad creativa, temática, lingüística y discursiva de Alejandro García, deshilar una obra capaz de atraparte desde múltiples niveles? Si comienzo, lo más fácil, por el principio, caigo en la primera trampa pues el título reza 'Manual muy mejorado de madrigueras y trampas' pero después de la lectura tengo claro que tal frase es una madriguera, una cobija para Alejandro García, y una trampa para el lector. Parece simple, se trata de un *manual*, habrá que seguir instrucciones, verbos en infinitivo, cumplir secuencias y obtendremos beneficios, seremos expertos. El libro no simplifica el camino, lo encuentra rico, abundante, múltiple y prepara, como toda buena literatura, para entender y discutir el mundo. Dice Morín, el pensamiento complejo es multidimensional, no totalitario; teórico, no doctrinario. No puede funcionar como un instructivo/manual simple. En la complejidad está la solución, ahora sí, la trampa se ha convertido en madriguera.

ARMANDO MELCHOR GARCÍA 42/42

...La quinta sería su increíble e inverosímil vida criminal como el líder del «Cartel de los traga gatos del Coecillo». Temido y respetado por todos, venerado por muchos ¡Larga vida al líder supremo!...